

CAPITULO XLIV.

VIDA DE LICURGO.

Dije en la introduccion de esta obra *, que los descendientes de Hércules, desterrados en otro tiempo del Peloponeso , volvieron á él, ochenta años despues de la toma de Troya. Temeno, Cresfonte y Aristodemo, hijos los tres de Aristómaco, vinieron con un ejército de Dorios, y se hicieron dueños de esta parte de la Grecia. La Argólide tocó á Temeno , y la Mesenia á Cresfonte.

* Tom. I, pag. 45 y 46.

Muerto en estas circunstancias el otro hermano, sus hijos Euristenes y Procles poseyeron la Laconia. De estos dos principes tienen origen las dos casas, que hace cerca de nueve siglos reinan juntamente en Lacedemonia.

Este imperio naciente estuvo muchas veces vacilante á causa de las facciones intestinas, ó de grandes empresas. Estaba amenazado con próxima ruina, cuando uno de los reyes, llamado Polidecto, murió sin hijos, y le sucedió su hermano Licurgo. En este momento se ignoraba que la reina estuviese en cinta; y sabedor de ello Licurgo, declaró, que si aquella daba un heredero al trono, seria el primero á reconocerle; y para dar una garantía á su palabra, no administró el reino sino en calidad de tutor del principe.

Estando así, le hizo decir la reina que si consentia en casarse con ella, no tendria reparo en dar muerte á su hijo; y Licurgo para apartarla de consumir tan horrible proyecto, la lisonjeó con vanas esperanzas. Parió la reina un hijo: Licurgo le tomó en brazos, y mostrándole á los magistrados de Esparta, les dijo: ahi teneis el rey que os ha nacido.

La alegría que manifestó Licurgo, por un suceso que le privaba de la corona, juntamente con la sabiduria de su gobierno, le grangeó el respeto y amor de la mayor parte de los ciuda-

danos; pero sus virtudes traian sobresaltados á los principales del Estado, ayudándoles la reina, que queriendo vengar su injuria, incitaba contra él á sus parientes y amigos. Decian, que era peligroso confiar la vida del príncipe, á la vigilancia de un hombre que tenia interes en abreviar su curso. Estos rumores, débiles al principio, rompieron despues con tanta fuerza, que para desvanecerlos, se vió en la precision de salirse de su patria.

En Creta fijaron, por mucho tiempo, su atención las leyes del sabio Minos. Admiró la armonia que mantenian en el Estado, y entre los particulares. Entre las personas ilustradas, que le ayudaron con sus luces, se unió mas estrechamente, con un poeta llamado Tales, á quien juzgó digno de que le ayudase en los grandes designios que habia concebido. Tales, docil á sus consejos, pasó á establecerse en Lacedemonia, y con sus cantares convidó, y preparó los ánimos á la obediencia y á la concordia.

Para juzgar mejor de los efectos que produce la diferencia de gobiernos y de costumbres, recorrió Licurgo las costas de Asia, mas no vió en ellas sino leyes y almas sin vigor. Los Cretenses, con un gobierno sencillo y severo, eran dichosos: los Jonios, que creian serlo, gemian como esclavos, bajo el yugo de los placeres y de la licencia. Un descubrimiento precioso, le resar-

ció del espectáculo enojoso que se ofrecia á sus ojos; y fué, que vinieron á parar á sus manos las poesias de Homero, en las que vió con admiracion las mas bellas máximas de moral y de politica, adornadas con los encantos de la ficcion, y resolvió enriquecer con ellas la Grecia.

Mientras continuaba recorriendo los países remotos, estudiando en todos lo que habian pensado y obrado los legisladores, recogiendo las semillas de felicidad, que habian esparcido en diferentes regiones, Lacedemonia, cansada de sus disensiones, envió mas de una vez en seguimiento suyo, diputados que le instasen á que viniese á socorrer al Estado. El solo podia dirigir sus riendas, que pasaban alternativamente de las manos de los reyes á las de la muchedumbre; y aunque se resistió á ello por mucho tiempo, al fin cedió al general voto de los Lacedemonios.

Cuando regresó á Esparta, conoció desde luego que no se debía pensar en reparar el edificio de las leyes, sino en destruirle, y levantar otro con nuevas proporciones: previó todos los obstáculos, pero no le acobardaron. Tenia en su favor el respeto debido á su nacimiento y á sus virtudes; tenia tambien talento y luces; aquel valor respetable, que fuerza las voluntades, y aquel espíritu de conciliacion, que las gana: te-

nia en fin la aprobacion del cielo, que como hicieron otros legisladores, cuidó de procurarse. El oráculo de Delfos le respondió: « los dioses « aceptan tu homenaje, y bajo sus auspicios « formarás la mas excelente de todas las constituciones políticas.» Desde entonces mantuvo Licurgo inteligencia con la Pitia, quien puso sucesivamente á sus leyes, el sello de la autoridad divina.

Antes de dar principio á sus operaciones, las sujetó al examen de sus amigos, y de los mas distinguidos ciudadanos. Escogió treinta de ellos para que le acompañasen armados á las asambleas generales; y no siempre bastaba este acompañamiento para impedir el tumulto: en un alboroto que se suscitó, con motivo de una ley nueva, se levantaron los ricos contra él con tal furor, que resolvió refugiarse á un templo inmediato; pero habiendo recibido en el camino un golpe violento, que, segun dicen, le privó de un ojo, se contentó con mostrarse á los que le perseguian con la cara bañada en sangre. Al ver esto, avergonzados los mas de ellos, le acompañaron hasta su casa, con todas las demostraciones de respeto y de dolor, detestando el crimen, y poniendo en sus manos al culpado, para que dispusiese de él á su arbitrio. Era este un mozo impetuoso y ardiente, Licurgo, sin molestarle con reprensiones, ni proferir la menor

queja, le mandó quedarse con él; y habiendo dicho á sus amigos y criados, que se retirasen, le ordenó que le sirviese y curase la herida. El mozo obedeció, sin hablar palabra; y testigo á cada instante de la bondad, paciencia, y demas grandes prendas de Licurgo, trocó el odio en amor, é imitando un modelo tan bello, reprimió la violencia de su caracter.

La nueva constitucion fué en fin aprobada por todos los órdenes del Estado: sus partes estaban tan bien combinadas, que á las primeras tentativas se juzgó que no necesitaban de nuevos resortes. A pesar de lo excelente de ella, no estaba Licurgo seguro de su duracion; y así, habiendo congregado el pueblo, le dijo: « me falta « exponeros el artículo mas importante de nuestra legislación; pero antes quiero consultar al « oráculo de Delfos. Prometedme que hasta « que yo vuelva, no tocareis á las leyes establecidas. » Se lo prometieron. « Juradlo. » Los reyes, los senadores, y todos los ciudadanos tomaron á los dioses por testigo de su palabra. Esta promesa solemne debia ser irrevocable; porque su designio era no volver á ver su patria.

Al punto pasó á Delfos, y preguntó si las nuevas leyes bastaban para asegurar la felicidad de los Esparciatas; á lo que respondió la Pitia, que Esparta seria la ciudad mas floreciente, mientras mirase como un deber el observarlas. Licurgo

envió este oráculo á Lacedemonia, y se condenó al destierro, yendo á morir lejos de la nacion, á quien habia hecho feliz.

Algunos han dicho que Esparta no ha hecho todos los honores que se debian á la memoria de Licurgo, sin duda porque nada era suficiente para ello. Esparta le consagró un templo, donde todos los años se le hace el honor de un sacrificio. Sus parientes y amigos formaron una sociedad, que se ha perpetuado hasta nosotros, y se reune de tiempo en tiempo, para recordar la memoria de sus virtudes. Un dia, que estaba congregada la asamblea en el templo, Euclidas dirigió el siguiente discurso al genio tutelar de aquel lugar:

Os celebramos sin saber qué nombre daros: la Pitia dudaba si erais mas bien un dios, que un mortal; y en esta incertidumbre os apellidó amigo de los dioses, porque erais amigo de los hombres.

Vuestra alma grande se indignaria si nos atreviésemos á tener por mérito el que no comprais el cetro con un crimen; y le seria poco lisonjero el que añadiésemos, que expusisteis vuestra vida, y sacrificasteis vuestro reposo por hacer bien: solo los sacrificios, que cuestan esfuerzos, son los que deben ser alabados.

La mayor parte de los legisladores se habian extraviado, siguiendo los caminos trillados: vos

comprendisteis, que para labrar la dicha de una nacion, era preciso llevarla por vias extraordinarias. Os alabamos de que en un tiempo de ignorancia, conocieseis el corazon del hombre, mejor que los filósofos, en este siglo ilustrado.

Os damos gracias por haber puesto freno á la autoridad de los reyes, á la insolencia del pueblo, á las pretensiones de los ricos, á nuestras pasiones y á nuestras virtudes.

Os damos gracias por haber puesto superior á nosotros, un soberano que lo ve todo, que lo puede todo, y á quien nadie puede romper. Pusisteis la ley sobre el trono, y á nuestros magistrados á sus pies; en tanto que en otras partes ponen un hombre sobre el trono, y la ley á sus plantas. La ley es como una palma, que alimenta igualmente con su fruto, á cuantos descansan á su sombra; y el déspota, como un arbol plantado sobre un monte, en cuyo derredor no se ven mas que buitres y serpientes.

Os damos gracias por no habernos dejado mas que un corto número de ideas claras y sanas, y por haber impedido que tuviésemos mas deseos que necesidades.

Os damos gracias por haber juzgado de nosotros tan favorablemente, que pensaseis no tendríamos que pedir á los dioses otro valor, que el de sobrellevar la injusticia, cuando fuese necesario.

Quando visteis vuestras leyes resplandecer de grandeza y hermosura, caminar solas, por decirlo así, sin tropezarse ni dislocarse, se dice que experimentasteis una alegría pura, semejante á la del Ser supremo, cuando al salir de sus manos el universo, vió que ejecutaba sus movimientos con tanta armonía y regularidad.

Vuestro paso por la tierra no se señaló sino con beneficios. Dichosos nosotros, si acordándonos de ellos sin cesar, podemos dejar á nuestros nietos este depósito, tal cual le recibieron nuestros padres!

CAPITULO XLV.

DEL GOBIERNO DE LACEDEMONIA.

Desde el establecimiento de las sociedades intentaron los soberanos, en todas partes, aumentar sus prerogativas, y los pueblos minorarlas. Las turbulencias que resultaban de estas diversas pretensiones, eran mas visibles en Esparta, que en ninguna otra parte: por un lado dos reyes, que solian tener intereses contrarios, y siempre ayudados de gran número de partidarios; por otro, un pueblo de guerreros indóciles, que sin saber mandar ni obedecer,